



PERÚ

Ministerio de Cultura

BOLETÍN

Setiembre - Octubre 2013

CASA MUSEO
JOSÉ CARLOS
MARIÁTEGUI

> jCM



Homenaje a
ESTUARDO NÚÑEZ HAGUE
Los hijos del Amauta

PRESENTACIÓN

El presente número del Boletín de la Casa Museo José Carlos Mariátegui está dedicado a recordar a tres personajes de nuestra vida política y cultural, cuyos decesos han ocurrido en un período muy breve de tiempo. En primero lugar, nos dejó don Estuardo Núñez Hague (29 de agosto) y luego, casi enseguida, dos hijos del Amauta: Sigfrido Mariátegui Chiappe (07 setiembre) y Sandro Mariátegui Chiappe (28 de setiembre).

Don Estuardo Núñez fue crítico literario, miembro de la denominada “Generación del 30”, pero que ya precozmente colaboraba con José Carlos Mariátegui en la revista *Amauta*. Como tal, sentó las bases del estudio crítico de la obra poética de José María Eguren y anunció con beneplácito la publicación del primer libro de cuentos de José María Arguedas, *Agua*. Estudioso de nuestra cultura, estudió a los escritores, las revistas y las corrientes de nuestro azaroso siglo XX. También le dedicó muchos años a estudiar la obra de los viajeros en el Perú y la influencia de la cultura europea en la nuestra. En ese sentido, para el caso de José Carlos Mariátegui, fue capital su libro *La experiencia europea de Mariátegui* (Lima, Amauta, 1978). Colaborador permanente de la obra mariáteguiana, formó parte de diversas comisiones y participó en importantes eventos relacionados con Mariátegui, como la celebración del Centenario del Nacimiento de José Carlos Mariátegui en 1994. Visitante asiduo de la Casa Mariátegui, queremos agradecerle su constante y permanente colaboración.

Sandro y Sigfrido Mariátegui Chiappe, hijos mayores de José Carlos Mariátegui y Ana Chiappe, nacidos entre 1921 y 1923, tuvieron una vida larga y fructífera, donde intercambiaron sus actividades profesionales y empresariales. Como es bien conocido, liderados por doña Anita y junto a sus hermanos menores José Carlos y Javier, editaron las denominadas *Obras Completas* de José Carlos Mariátegui en 20 tomos de edición popular, entre 1959 y 1969. Esto fue posible a través de la Librería Imprenta Amauta que durante décadas ha publicado y difundido diversas publicaciones de y sobre el Amauta. En conjunto, la familia Mariátegui Chiappe ha tenido un rol fundamental en el mundo editorial y de la cultura peruana que es necesario reconocer y valorar.

También publicamos, como parte de documentos olvidados, el testimonio que el intelectual socialista Tristán Marof escribiera acerca de la única entrevista que tuvo con José Carlos Mariátegui en febrero de 1928. La relación entre ambos se había iniciado de manera epistolar y cuando Marof partió al exilio tras la denuncia de un supuesto “complot comunista”, similar al que recurriría el régimen de Leguía, no quiso perder la oportunidad de aprovechar la breve escala en el puerto del Callao para visitar al Amauta. Publicado en los años treinta, fue reproducido recientemente por la revista crítica boliviana *El desencuentro*, de donde la reproducimos de su edición digital con los créditos del caso.

Finalmente, como se recordará, actualmente la Casa Mariátegui se encuentra cerrada desde hace tres meses. Durante este período se han realizado los trabajos de reparación de los daños sufridos en uno de nuestros muros y los trabajos de prevención frente a situaciones similares. También hemos realizado diversas tareas complementarias de mantenimiento y seguridad, así como la catalogación de los bienes culturales bajo nuestra responsabilidad. Estamos a la espera de poder obtener la autorización para poder reabrir nuestras puertas y reiniciar nuestras actividades, previa inspección de los organismos correspondientes que constaten lo señalado. En ese sentido queremos reiterar nuestras disculpas a todas aquellas personas que se han visto afectadas por este receso. Muchas gracias a todas personas e instituciones que nos han manifestado su respaldo y solidaridad.

Lima, Octubre de 2013.

Índice

Presentación del Boletín	2
Estuardo Núñez, la pluma y la memoria	3
Los hijos del Amauta	6
El abrazo a José Carlos Mariátegui	8
Homenaje a Pablo Neruda	11
Foto de José Carlos Mariátegui	12

Boletín Casa Museo José Carlos Mariátegui
Publicación bimensual setiembre - octubre 2013

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2007-11322

El Boletín no se solidariza necesariamente con las opiniones vertidas por los autores.

Jr. Washington 1938 - 1946, Lima 1 - Cercado. Teléfono: 330-6074
casamariategui@mcultura.gob.pe / www.mcultura.gob.pe

Impreso en los talleres de punto&grafía SAC
Av. Del Río 113 - Lima 21

Fotografías: Archivo Casa Museo José Carlos Mariátegui
Foto de la carátula: Archivo de la familia Núñez Carvallo



ESTUARDO NÚÑEZ, LA PLUMA Y LA MEMORIA (1908 - 2013)

Estuardo Núñez cultiva desde niño un amor precoz por la lectura. Aprende a leer solo en la antigua *underwood* de su padre y desde entonces pide libros. Sus predilectos son adaptaciones infantiles de la editorial española Calleja. Tras sus años escolares en el Colegio Alemán, donde tiene como compañeros de carpeta a Martín Adán, Xavier Abril y Emilio Adolfo Westphalen, ingresa a San Marcos en 1926 y paralelamente participa en la edición de la revista *Amauta*, al lado de José Carlos Mariátegui y de José María Eguren. A finales de los veinte, tras la caída de Leguía, lidera con Tomás Escjadillo y Mario Samamé Boggio el movimiento de reforma universitaria que es sobre todo un grito de renovación intelectual. Los ecos de la reforma de Córdoba ya son lejanos y las fuerzas conservadoras han recapturado San Marcos, a la que consideran su latifundio ideológico.

En 1930 los estudiantes toman la Casona y logran elegir como rector a un hombre de ideas avanzadas: José Antonio Encinas, educador puneño que allá por 1909 ha creado una escuela revolucionaria a orillas del Titicaca. Riva Agüero, mortificado porque su candidato Víctor Andrés Belaunde ha sido derrotado, renuncia a su alma mater. Nueva sangre irriga la universidad. Los jóvenes de la generación del centenario son ahora catedráticos: Raúl Porras, Jorge Basadre, Jorge Guillermo Leguía y Luis Alberto Sánchez aportan ideas frescas. Pero la primavera académica no dura mucho tiempo. Sánchez Cerro se encarama en el poder y le sirve la mesa al viejo civilismo. La universidad es clausurada en 1932 y los dirigentes estudiantiles, entre los que se encuentra Núñez, son expulsados bajo la acusación de comunistas. Comenzará para el muchacho un largo exilio intelectual.

Entiende que trasladarse a la Católica constituye un acto de claudicación y decide continuar los estudios de derecho por su cuenta, y rendir sus exámenes en San Agustín de Arequipa. Tiene el apoyo de un



En la mesa de honor con Gustavo Espinoza, Osmar Gonzáles, Marco Martos y Javier Mariátegui, el 8 de agosto de 2007

rebelde mistiano, su gran amigo Javier de Belaunde, fallecido también a los 105 años en junio pasado (y con quien mantenía hasta hace poco tiempo largas conversaciones telefónicas). En 1933 otro obstáculo se interpone en su camino, pierde su trabajo de amanuense en la cancillería. El inveterado José de la Riva Agüero es nombrado primer ministro por el dictador Sánchez Cerro y al revisar la nómina de empleados de Torre Tagle pide la destitución inmediata del antiguo dirigente estudiantil. Son años difíciles pero Núñez no desmaya en su voluntad ni abdica de su vocación. Acaba de publicar su primer libro, *La poesía de Eguren* (1932), donde a partir del simbolismo de los colores elabora una vasta y novedosa interpretación de la obra egureniana. El anciano poeta de tono menor pasa a convertirse en fundador de la poesía moderna en el Perú.

El ostracismo se prolonga. Estuardo se dedica entonces a enseñar historia y literatura en los colegios Alfonso Ugarte y San Andrés y se recibe de abogado. Pese al poco tiempo libre no se aleja de las bibliotecas ni de la investigación. Frecuenta las viejas colecciones de la Biblioteca Nacional, en busca de bibliografía de viajeros, inquietud compartida con el historiador Raúl Porras, y sigue metódicamente sus muchos proyectos



Acompañado, entre otros, de Javier Mariátegui, Vicente Ota, Gustavo Espinoza, Eduardo Arroyo, Osmar González, Fanny Palacios Izquierdo y Bruno Portúguez

literarios con el tesón de una hormiga. De vuelta a casa se encierra en su despacho a escribir hasta altas horas de la madrugada. Es constante, disciplinado y acucioso. La férrea educación germánica ha implantado sólidos principios pero no ha ahogado su sensibilidad. Lee, apunta, se ensueña, divaga entre los rojos y los azules de Eguren, se devana los sesos tras una metáfora vallejana, se enamora locamente de una artista, imagina viajes alrededor del mundo y observa de reojo el globo terráqueo que lo acompaña sobre su mesa llena de papeles, indicio quizás de una pasión geográfica que vuelca en los viajeros.

En esos años establece vínculos con poetas y narradores regionales y en 1935 pasa una temporada en Arequipa, Puno y Cusco con su joven esposa. Allí conoce y traba amistad con todos ellos: Cesar Atahuallpa Rodríguez, Alberto Guillén, Alberto Hidalgo; Alejandro Peralta, Gamaliel Churata, Oquendo de Amat, y Emilio Vásquez; José Uriel García, Luis Nieto, Andrés Alencastre y el padre Lira. En 1938 sale a la luz su *Panorama actual de la poesía peruana* donde señala rutas, descubre tendencias y es el primero en plantear las tensiones entre el purismo y el expresionismo indigenista. Martín Adán y César Vallejo representan los extremos polares de estas corrientes. En realidad Núñez, a contrapelo de Riva Agüero que ya no entiende su tiempo, anuncia un nuevo canon, e integra a la vanguardia en el proceso de la literatura peruana.

Tiene que esperar hasta 1946 para retornar a San Marcos. Bustamante ha sido elegido presidente y

Luis Sánchez que ya es rector, lo llama de regreso. Desde entonces se convertirá en un exigente y dedicado catedrático universitario. En sus clases recuerda, rescata autores, refiere libros, conversaciones, fuentes, elabora conceptos, bosqueja esquemas, expone y diserta sobre el Mahabharata, Concolorcorvo, los románticos peruanos del siglo XIX, Joyce o los surrealistas. Siempre fue un maestro. Nunca escatimó un dato, una fuente, un consejo, una pista de investigación para todo aquel que lo requiriera. Sus miras son amplias, tiene siempre la tentación universalista de relacionar corrientes y buscar influencias. Núñez ha

desarrollado precursoramente los trabajos de literatura comparada: siempre encuentra vasos comunicantes entre el Perú y las letras de otros países. Para ello relaciona hechos, circunstancias, infiere, abstrae, mira a Cota pintar por la ventana mientras crecen sus siete hijos en la vieja casa de Barranco.

Paralelamente sus trabajos literarios se dirigen hacia las figuras de Pablo de Olavide, Juan de Arona, González Prada, Abraham Valdelomar, y José Carlos Mariátegui. Su libro *La experiencia europea de Mariátegui* (1978) describe el itinerario intelectual del Amauta entre 1919 y 1930, y las fuentes intelectuales de las que se nutre.

Tras sesenta años de investigación y luego de una serie de ediciones parciales aparece su monumental *Viajes y viajeros extranjeros por el Perú* (1989), vasto compendio de la visión que el mundo ha tenido hacia nosotros. En el año 2001 hace entrega de *Ricardo Palma, escritor continental*, sobre el impacto del tradicionista en la narrativa peruana e hispanoamericana. Son también clásicos *Las letras de Francia y el Perú* (1997) donde analiza el faro que alumbró a muchos escritores peruanos desde los tiempos de la ilustración y sus estudios sobre *Alejandro de Humboldt en el Perú* (2002).

Estuardo fue sobrio, a veces parco, poco afecto a la demostración de sus sentimientos, sereno, calmo, “calma chicha” diría su esposa. Sus hijos solo lo vieron llorar una vez en la vida, el día que murió Cota Carvallo en marzo de 1980. Terco, inflexible, hurraño a veces

como los sucesivos gatos que engrió, silencioso y hablador con una copa. Luchador, persistente, duro, exacto, rencoroso. También en la esfera personal tenía memoria de elefante. Nunca perdonaba las ofensas.

Escribir para Núñez fue una misión sacrificada y liberadora unida siempre a aquel proyecto inicial que se fue gestando desde los días universitarios. En la adolescencia y juventud fue levantando los cimientos de su obra, y en la madurez y en la ancianidad terminó de darle forma definitiva. Durante los momentos más duros —con ocasión de la muerte de su esposa y de su hijo Hernando— se refugió en su biblioteca a trabajar, estoico, austero, y siguió desplegando ese racional ejercicio de memoria. Curiosamente en su vida personal nunca miro atrás, la vida siempre era futuro, esperanza, incluso cuando los años se extendieron demasiado jamás se le oyó expresar queja alguna, ningún reproche, ningún arrepentimiento. Los placeres siempre moderados, el esfuerzo permanente, avizorando la muerte que parecía no tocarlo, incluso con serenidad.

Todas estas aportaciones le hicieron merecedor a los 99 años del premio Southern y la medalla Riva Agüero que la Católica concede. Paradójico que la universidad que alguna vez fuera el reducto del pensamiento conservador agitado por Riva Agüero, se encargara de reconocer su talento y su perseverancia. Cosas del destino. Una silenciosa satisfacción seguramente lo abrigó aquella noche. Su adversario de ayer no había podido vencerlo, ni torcer su camino.

Su vida, tan larga y ordenada como su obra, estuvo dedicada a rescatar la memoria cultural de nuestro país. Sobre ella se edifican las naciones y con ella delineó sus pasos. Estuardo Núñez forma parte de la tradición de pensamiento moderno del siglo XX, de la mano de Mariátegui, Basadre, Porras, el primer Sánchez, Julio C. Tello, Valcárcel, Arguedas y Antonio Cornejo Polar. Con ellos ha sido uno de los forjadores del Perú contemporáneo.



Con el doctor Javier Mariátegui Chiappe, hijo menor del Amauta



LOS HIJOS DEL AMAUTA

José Carlos Mariátegui y Anna Chiappe tuvieron cuatro hijos entre 1921 y 1928. Los nombres de sus dos primeros hijos estaban vinculados a su experiencia europea, de la cual Mariátegui acuñó una célebre frase: que en Europa “había desposado a una mujer y algunas ideas”. Pero fue en Europa donde nació su primer hijo y donde se concibió al segundo. El primero, nacido en Roma en 1921, lleva el nombre de obvias reminiscencias a la cultura italiana, y en particular al pintor italiano Sandro Botichelli. Su segundo hijo, nacido en la ciudad de Lima en 1923 donde la joven pareja había llagado tan sólo unas cuantas semanas antes, lleva también un nombre de obvias reminiscencias germánicas, expresión de su visita a países como Alemania y Austria como preludio de su retorno al Perú, y en homenaje al compositor alemán Richard Wagner. Luego vendrían José Carlos y Javier. Y cómo este último alguna vez escribiera, los hijos de Mariátegui tuvieron que vivir a la sombra de la imagen del padre, pero a su vez cada uno transcurrió su propio camino donde alcanzaron logros personales y profesionales.

Sandro Mariátegui terminó sus estudios secundarios en el Colegio Superior dirigido por el profesor Carlos A. Velásquez y realizó sus estudios superiores en derecho en la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde se graduó de abogado. Tuvo una destacada trayectoria profesional y política. En el campo de la política, su vida está vinculada estrechamente a la del expresidente Fernando Belaunde Terry y a su partido Acción Popular (AP), desde sus orígenes. Miembro fundador del Frente Nacional de Juventudes Democráticas, que lanzó por primera vez la candidatura de Fernando Belaúnde a la Presidencia de la República, participó activamente en las jornadas electorales de 1956, incluido el célebre “Mangerazo”, y de 1962. En el primer gobierno de Acción Popular fue elegido diputado en 1963, y ministro de Hacienda y Comercio en 1966. Durante los años de la dictadura militar, junto con su madre y sus hermanos, siguieron impulsando la divulgación y los estudios de la obra de su padre a través de la Librería Editorial Amauta.

En el segundo gobierno del arquitecto Belaúnde (1980-1985) se desempeñó como Premier (1981),

ministro de Relaciones Exteriores y Presidente del Consejo de Ministros (1984) y presidente del Senado. Entre 1985 y 1992 fue senador de la República hasta el autogolpe de Estado del 5 de abril de 1992, del entonces presidente Alberto Fujimori. Desde entonces se retiró de la actividad política diaria pero continuó, junto con sus hermanos, difundiendo la vida y obra de su padre. Entre las múltiples actividades se encuentra la realización de diversos simposios dedicados a los *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* y a la revista *Amauta*, así como su participación en la organización de los actos conmemorativos por el Centenario del Nacimiento de José Carlos Mariátegui en 1994, para cuya fecha se editó en dos tomos la totalidad de la obra completa de José Carlos Mariátegui con el título *Mariátegui total* (Lima, Empresa Editora Amauta, 1994).

Sigfrido estudió en el Colegio de los hermanos Haro, el Colegio Anglo-Peruano San Jorge y en el Colegio San Luis Maristas de Barranco. Trabajó junto con sus hermanos en la Librería Imprenta Minerva para luego desarrollar sus propios negocios en forma independiente. Es así que logró con el paso de los años ser un reconocido empresario industrial en varios negocios del rubro de la impresión. Entre sus principales realizaciones figuran la Editorial Imprenta Amauta, Editorial Libertad, Editorial Imprenta Amaru e Impresos Continuos Inti. También incursionó en la actividad agraria a través de la Empresa Agrícola Desamparados (1968), para administrar el fundo Quipico, dedicado al cultivo de frutales y menestras, en el valle de Sayán, provincia de Huacho. Sin embargo, pese a que según la Ley de Reforma Agraria no le correspondía ser afectada, fue expropiada en 1971.

También tuvo una relación cercana con Víctor Raúl Haya de la Torre, de quien fue muy amigo y publicó varios de sus libros, entre los que figura *Treinta años de aprismo*. Según diversos testimonios de militantes apristas, Sigfrido también aportó su experiencia en la publicación del diario *La Tribuna* en algunos momentos de su azarosa existencia, así como mantuvo correspondencia con Víctor Raúl y se solidarizó con él durante su asilo en la embajada de Colombia bajo la dictadura del general Manuel A. Odría. También tuvo

una estrecha amistad con un joven militante aprista, que duraría por muchos años: Nicanor Mujica Álvarez Calderón. Pese a esta cercanía y amistades, nunca llegó a militar en el Partido Aprista Peruano.

Se casó con María Haydee Bosse Molloy, con quien tuvo cuatro hijos varones (al igual que sus padres): José Carlos, Francisco, Aldo y Renzo, todos ellos también profesionales exitosos en diversos campos. La economía, la administración de empresas, el periodismo y la ingeniería gráfica, respectivamente. En el plano personal, el hobby principal de Sigfrido Mariátegui fue la lectura, hábito muy enraizado en toda la familia Mariátegui Chiappe. Además tuvo una activa vida social que se expresó en ser socio del Club Regatas, simpatizante del Club Universitario de Deportes y vecino asiduo del balneario de Ancón durante las etapas veraniegas.

Ambos han partido hacia la eternidad en un período muy breve de tiempo. Y la Casa Museo José Carlos Mariátegui no podía dejar de realizar un reconocimiento y un homenaje a ambos, por su trayectoria que han contribuido tanto a la política y la cultura nacional. Descansen en paz.



Con Sigfrido y Sandro en la casa de Washington Izquierda, 1927



EL ABRAZO A JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

Marof dejó en dos revistas argentinas un testimonio vívido de su encuentro con Mariátegui. El texto que reproducimos aquí la revista que reunió en Córdoba a izquierdistas argentinos y bolivianos y que de algún modo sirvió como una suerte de plataforma a la fundación del POR en esa misma ciudad.

El vapor *Esequivo* llegó al puerto del Callao una mañana muy nublada. Yo deseaba desembarcar y visitar Lima con el solo objeto de conocer a Mariátegui. Éramos amigos y habíamos cambiado infinidad de cartas, esperando la oportunidad de estrecharnos las manos. Me interesaba mucho más Mariátegui que la hermosa ciudad de los virreyes. Mariátegui, cordial y afectuoso, enterado de que pasaba por el Callao, rumbo a La Habana, no se olvidó de enviar a bordo un grupo de compañeros, portadores de su saludo y un abrazo.

Apenas atracó el vapor al muelle estaban ya allí los simpáticos camaradas [Martín] Adán, [Ricardo] Martínez de la Torre y la periodista Ángela Ramos. Me reconocieron por la barba renegrida y se acercaron hasta donde estábamos mi compañera y yo. Descendimos del barco y tomarnos un camión en el Callao que se dirigía a Lima, vigilados muy de cerca por la policía. Cruzamos en el trayecto avenidas magníficas que el dictador en su delirio de grandeza las había hecho construir. Pasamos por debajo de arcos triunfales que parecían de cartón, con letreros jactanciosos y rimbombantes en homenaje al gran hombre que dirigía providencialmente el Perú, nos perdimos en una calleja, descendimos a pie en otra y nos detuvimos delante de una casita humilde y confiada. La casa de Mariátegui.

Allí estaba José Carlos, esperándome, sentado en una silla de manos, los ojos inquietos y la diestra tendida y fraternal. Advertí que no tenía piernas: apenas se movía. Una enfermedad penosa le había reducido a la invalidez, pero él, a pesar de todas sus desgracias, se



En la casa de Washington Izquierda en febrero de 1928. Sentados: Anna Chiappe, señora de Marof, José Carlos Mariátegui, Tristán Marof y Ángela Ramos. De pie: Ángela Medina, s/i, Noemí Mildstein, Miguel B. Adler, Ricardo Martínez de la Torre y Luis Ramos.

mantenía sonriente, dando cara a la vida y luchando desde ese sillón corno un gladiador.

— Le esperaba desde hace tiempo —me dijo—, deseaba hablar con usted.

—Igualmente yo —respondí—. Somos ya viejos amigos.

Apareció la compañera de Mariátegui, una valerosa mujer italiana de ojos dulces y amorosos. Saludó a mi compañera y la rodeó de atenciones. Habló conmigo dos minutos. Relaté por centésima vez lo que había sucedido en Bolivia: mi prisión, el confinamiento, la fuga. Mariátegui tomó la palabra y habló de la situación social, de las persecuciones terribles que debíamos sufrir y de la miserable condición de las masas americanas. Luego me contó su vida. Se le perseguía como a un hechicero de la Edad Media porque publicaba ideas y se atrevía a pensar de acuerdo a su cultura y a sus estudios. No le sirvió de nada su invalidez física, pues el dictador, en silla de manos y en brazos de dos sicarios le había enviado a la prisión más de una vez. Su casa estaba siempre vigilada y vivía en la estrechez económica porque su pluma, después de su viaje por Europa, habíase rebelado para siempre contra el señor feudal y el caudillo político.

Mariátegui hablaba con absoluta calma y serenidad. Su perfil era de águila. Sus ojos enormes y negros tenían una dulce ingenuidad y ternura. Sus manos nerviosas y ágiles. Cada mano cuando hablaba describía una

1. El presente texto fue publicado en la revista *El desacuerdo*. La Paz, 01 de setiembre de 2013, pp. 8-9. Por tratarse de un artículo escrito en 1933 y su difusión en PDF, lo reproducimos aquí con los créditos del caso. Puede consultarse en: http://www.eldesacuerdo.com/IMG/pdf/eldesacuerdo7_01_09_2013.pdf. Apareció por primera vez en *Contra. La revista de los francotiradores* (nº 2, mayo 1933) y luego en *América Libre* (nº 3, agosto-septiembre 1935).

curva impresionante. Desde el fondo de su alma brotaban los sentimientos más puros y honrados. Era un hombre esclavo de su sinceridad y de sus ideas. En ese cuerpecito frágil como un lirio, magullado por la miseria de la vida, y torturado por mil dolores físicos y morales, manajo de nervios algunas veces, se alojaba un mundo nuevo. De esa cabeza erguida y magnífica, adornada de cabellos negros que se deshacían en mechones poéticos por su amplia frente, surgían los pensamientos más brillantes, los más audaces y los más lógicos, y no se detenían en el Perú sino que se esparcía por la vastedad de América. Mariátegui desde el año veinte hasta su muerte, fue sin disputa el escritor más consciente y honrado de América Latina. El mejor informado y el más valiente. Jamás rehusó él la responsabilidad de sus escritos ni le acobardaron las prisiones. Se declaró marxista convicto y confeso en una época de barbarie americana, cuando el marxismo no cabía en la ignorancia de la mayoría de los pretendidos intelectuales. Pero no se contentó con ser marxista literario ni diletante de la doctrina. Comprendió a Marx, estudió su sistema y supo sacar conclusiones acertadas sobre la realidad social de su país. Los demás intelectuales peruanos pensaban en la novedad literaria que venía de Francia: Proust, Cocteau, Valery Larbaud y Morand; o en la glosa de España: Unamuno, Ortega y Gasset, Eugenio d'Ors y otros. Todavía estaba en pie la generación de Chocano y los tambores se oían en las antesalas y en los diarios. Los dos [García]Calderón seguían bombardeando desde París, artículos relacionados y jactanciosos. El viento de la tradición soplabla en Lima.

A Mariátegui no pudo deleitarle solamente la curiosidad literaria. Estudió con pasión economía, se adentró en la matemática social, elevó la política a un plano superior y dióle toda su importancia histórica. Temperamento ardiente y lleno de entusiasmo, volvió su alma hacia la acción, puesto que el instante requería ser soldado y filósofo. Cerebro organizador, templado en la lucha, teórico perspicaz; ayudó al proletariado de su país con

el más grande desprendimiento, marchando siempre junto a él y confundándose a la masa. El escritor se despojó de todo: prejuicios, interés, deseo político y abrazóse a la cruz del trabajador sin pretensiones. Pudo ser un egoísta, un malandrín y un escritor servil a tanto la cuartilla. Pudo vender su pluma, mejor cotizada que cualquier otra. Pudo disculparse —él más que nadie, enfermo y mutilado—, y transar con la vida, aceptando los gajes de la dictadura que pagaba servicios de prensa a precio de oro. Sin embargo, este hombre admirable, baldado de las dos piernas que apenas se podía mover en los brazos de amigos; este

intelectual pobre y que se moría de necesidad; este varón heroico, padre de tres criaturas que pedían pan y que sudaba de noche y día artículos de información para poder vivir; este hombre de hierro no reparó en nada y lo sacrificó todo. Cuando murió se le enterró por suscripción de los compañeros, tal era su miseria. No había en su casa un centavo, y sin embargo, la prensa de la dictadura, varias veces habíale acusado de recibir dinero del Soviet!...

Sus dos ojos negros y tiernos debieron cerrarse pausada y severamente, viendo por última vez el mundo al cual había servido desinteresadamente. Me acuerdo todavía de sus confidencias, de sus cartas, de sus artículos y de sus palabras. Su espontaneidad para los camaradas, su sencillez y su enorme modestia. Su desprecio

para sus asuntos económicos y su fina comprensión de todos los problemas. Discutía con palabra fácil e ironizaba con sutilidad extraordinaria. Se burlaba algunas veces de los intelectuales de América y les encontraba dos cualidades que le permitirían subsistir en la sociedad humana: su enorme apetito y su olfato para orientarse donde se servían los banquetes. Además, ellos, llevaban sobre las espaldas, permanentemente, un arpa que tañían a indicación de los poderosos.

Todo ese día que me detuve en Lima no me separé de Mariátegui. Nuestras charlas se referían a problemas



Tristán Marof en la revista *Crítica* de Buenos Aires, 1927

inmediatos de América, a programas de acción y trabajos que debíamos coordinarlos. Le ofrecí escribir frecuentemente en su importante revista *Amauta*, la única en el continente, que como un faro solitario alumbraba por entonces a la juventud inquieta. Hicimos hincapié en ciertas tendencias literarias del instante y revisamos todos los valores, criticando y elogiando las producciones conocidas y sus autores. Esa mañana Mariátegui se sentía feliz y entusiasta. Habló por teléfono a varios amigos suyos, entre ellos al coronel Higuera, hombre simpático y amigo de las letras, al cual volví a encontrar en México y siguióme tratando con la misma cordialidad: tomamos a Mariátegui en los brazos y lo pusimos en un coche, dirigiéndonos todos a un restaurant. La comida sencilla y amable tenía el sabor de esas reuniones antiguas donde el pan, el vino y la sinceridad, se distribuían fraternalmente, sin pensar en “lo tuyo ni en lo mío”. Mariátegui, no solamente era teórico, sino también un excelente camarada.

Al atardecer de ese día, debíamos partir y continuar nuestra ruta a La Habana. Mariátegui deseaba que yo me quedase en Lima y diése algunas conferencias, él mismo quería iniciar los trabajos, pero era imposible dada la situación política impuesta por la dictadura. En Lima había que hablar de la situación social sin contemplaciones, los temas literarios estaban demás, y esa actitud nos habría creado violencias innecesarias. Por otra parte, la policía hízome saber ese mismo día que debía abandonar Lima.

Nos dirigirnos de nuevo al Callao, y Mariátegui cordial y afectivo como siempre, insistió, a pesar de sus dolencias físicas, en acompañarme hasta el vapor. Allí cerca al muelle nos dimos el último abrazo: abracé también a los demás compañeros y partí. Me sentía conmovido y triste. Mas después escribióme una carta a México adjuntándome un artículo suyo que apareció en la revista *Varietades* de Lima, en el cual me analizaba e interpretaba como sabía hacerlo el escritor. Desde entonces nuestra correspondencia jamás se interrumpió y no dejé de colaborar en su revista *Amauta* sin la menor restricción ni traba. Los artículos más violentos sobre el “thermidor mexicano” salieron en esta tribuna, pues el deseo de Mariátegui no era el de disculpar los errores, sino de criticarlos con vehemencia, con la pasión del que lucha y el fuego del militante. Hoy no es posible escribir en ningún diario. No existe en toda América una revista, pero ni siquiera un periódico que le alcance los tobillos a esa

publicación, que en un comienzo fue ecléctica y que a diario fue midiendo su responsabilidad teórica.

Dos años más tarde, mi compañera de regreso de México y pasando por Lima mientras yo fui a dar a los Estados Unidos, pudo ver a Mariátegui por última vez en el Hospital. Escribióme una carta a Nueva York, muy triste y conmovida, en la que me hacía saber que nuestro querido José Carlos se encontraba enfermo de gravedad, tal vez viviendo sus postreros días. Una vieja enfermedad le había minado el alma y los huesos. Aquella cabeza hermosa reposaba con la tranquilidad del hombre bueno en las almohadas blancas, pero su memoria ardiente recorría las distancias y el tiempo. Mariátegui abriendo sus dos ojos enormes y negros le pidió a mi compañera noticias mías con insistencia: le habló con tristeza de la pobre revolución mexicana que tocaba a su fin traicionada por los políticos y generales de la pequeña burguesía. Pero él quería saber mayores detalles de mi prisión en México, lamentaba mi vida errante, inexorable y sin rumbo, perseguido por todos los gobiernos, y finalmente le expresó un proyecto que sofocaba desde hacía tiempo y que debía comunicarme mi compañera en seguida.

—Cuando yo me sane —con esa fe que tenía de sanar siempre, le dijo—, me iré a Buenos Aires y allí editaré *Amauta*. Dígame a Tristán que vuelva a esta América para trabajar juntos.

En efecto, Mariátegui tenía cifradas sus esperanzas en algunos ofrecimientos que venían de Buenos Aires. No podía vivir más en el Perú y su miseria era total. Pero los ofrecimientos nunca se concretaron y no pasaron de cartas amables, elogios y promesas. En Buenos Aires, es seguro que si Mariátegui se trasladara, habría sufrido las mismas calamidades que en su país o tal vez peores.

Dos semanas después que mi compañera le vio en Lima, el cable anunció la muerte de Mariátegui. Su cuerpo de soldado viejo, adolorido y exhausto, consumiéndose definitivamente. Aquella cabeza erguida sobre el Perú como una tea se reclinó sobre la almohada buscando el refugio dulce de la muerte. Aquellos ojos negros, vivaces y serenos, se cerraron sin ver la revolución. Murió como el Cristo, como Rafael, como Barret, como José Antonio Mella, a los treinta y tantos años. Murió cuando el proletariado de América le consideraba uno de sus jefes más seguros y honrados.



Mesa de honor: Grace Gálvez, Gustavo Espinoza, Sergio Tejada, Marcos Martos, Ricardo Portocarrero y Marcela Pérez Silva



Casa Mariátegui

HOMENAJE A PABLO NERUDA

Con motivo de cumplirse los 40 años de la desaparición física del poeta Pablo Neruda, la oficina del congresista Sergio Tejada, la Asociación Amigos de Mariátegui y la Casa Museo José Carlos Mariátegui, organizaron un homenaje en el Hemiciclo Raúl Porras Barrenechea del Congreso de la República, el 27 de setiembre pasado. Este evento llevó por título *Neruda en el corazón. Homenaje peruano al poeta a 40 años de su muerte.*

En la mesa de honor, además del congresista Sergio Tejada, contó con la participación de la periodista Grace Gálvez, el profesor Gustavo Espinoza, el poeta Marco Martos, el historiador Ricardo Portocarrero Grados, director de la Casa Museo José Carlos Mariátegui, y la

artista Marcela Pérez Silva, embajadora de la República de Nicaragua en el Perú. Como asistentes a este evento también se encontraban los embajadores de los países hermanos de Cuba, Venezuela y República Dominicana.

De esta manera, se recordó la muerte del poeta y Premio Nobel de Literatura en 1971, fallecido el 23 de setiembre de 1973, a pocos días de incruento golpe de Estado que sumió al país hermano de Chile en una sangrienta dictadura. Como se recuerda, Pablo Neruda fue un poeta comprometido con los problemas de su tiempo y fue amigo sincero del pueblo peruano, al cual escribió uno de sus poemas más representativos, “Alturas de Machu Picchu”, la más alta creación literaria dedicada a este extraordinario monumento a la peruanidad. También le cantó a nuestras más grandes figuras literarias: Túpac Amaru, José Carlos Mariátegui, César Vallejo.

Como complemento se presentó un breve documental sobre la vida de Pablo Neruda y se presentó intermedios artísticos y culturales, que hicieron de este evento un acontecimiento de grata recordación.

PERÚ Ministerio de Cultura

CONGRESO DE LA REPÚBLICA
SERGIO TEJADA GALINDO
Congresista de la República

ASOCIACIÓN
AMIGOS DE MARIÁTEGUI

CASA MUSEO
JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

JCM

NERUDA EN EL CORAZÓN
HOMENAJE PERUANO AL POETA
A 40 AÑOS DE SU MUERTE

Día: viernes 27 de setiembre
Hora: 4:00 p.m.
Lugar: Hemiciclo Raúl Porras Barrenechea
Congreso de la República

Ingreso libre

Informes e inscripciones: Casa Museo José Carlos Mariátegui (Jr. Washington 1946, Lima 1)
Teléfono: 3306074 / Email: casamariategui@micultura.gob.pe / Web: www.micultura.gob.pe



“El mesiánico milenio no vendrá nunca. El hombre llega para partir de nuevo. No puede, sin embargo, prescindir de la creencia de que la nueva jornada es la jornada definitiva. Ninguna revolución prevé la revolución que vendrá después, aunque en la entraña porte su germen. Para el hombre, como sujeto de la historia, no existe sino su propia y personal realidad. No le interesa la lucha abstractamente sino su lucha concretamente. El proletariado revolucionario, por ende, vive la realidad de una lucha final. La humanidad, en tanto, desde un punto de vista abstracto, vive la ilusión de una lucha final”.

“La lucha final”. *Mundial*. Lima, 20 de Marzo de 1925.